

al Faraón más recurso que conquistar, apoderándose, si podía, de la costa fenicia. Psamético I había empezado tomando á Ashdvd; Nechao II parecía había acabado la obra después de la batalla de Mageddo. La derrota de Gargamish lo había estropeado todo, pero demostrando lo acertado de las miras de los estadistas egipcios. Si Nechao hubiera perdido esta batalla entre Pelusa y Gaza, habría perdido á Egipto; pero como había sido el combate á orillas del Eufrates, los vencidos habían tenido tiempo para juntar nuevas fuerzas y guarnecer el frente del Delta. Nechao no se desalentó. Pertenecía á una raza perseverante que no había perdido sus aspiraciones á la corona en un siglo de reveses. Armó de nuevo y sigilosamente escuadra y ejército, contando con el genio levantisco de fenicios y judíos para proporcionarle ocasión de desquite.

Recurrió otra vez á Grecia. Ingenieros jonios se encargaron de los arsenales marítimos, substituyendo el material viejo con buques nuevos. Al mismo tiempo trataba de restaurar el canal de los dos mares, abandonado ó cegado desde la caída de la dinastía xx. Contaba con darle bastante fondo para que pudieran surcarlo juntos dos barcos ó cruzarse sin que se desbordara. Contaba la tradición que después de haber perdido 120.000 hombres en la empresa del canal, la había abandonado Nechao advertido por un oráculo de que trabajaba para los bárbaros. Entonces enderezó su actividad á otro objeto. Sirios y cartagineses habían explorado á lo largo de la costa de Africa, países abundantes en oro, marfil, maderas preciosas y especias, pero la política celosa de ambos pueblos impedía á las demás naciones llegar á través del Mediterráneo á aquellas regiones lejanas. Los egipcios recordaban todavía sus antiguas campañas marítimas, cuando la escuadra de la reina Hatshopsuitu surcaba los mares de Arabia y fondeaba en las *Escalas del Incienso*. Nechao envió á los marineros fenicios de su escuadra en busca de tierras nuevas y éstos partieron del golfo de Arabia sin saber á donde iban. La empresa, siempre osada, era más peligrosa para los barcos pequeños de aquella época. Tenían que seguir las costas, y las de Africa son de navegación difícil. Muchos meses continuaron los fenicios su viaje al Sur, y en otoño desembarcaron en la playa más próxima, sembrando trigo y aguardando que madurara, y después de cosechar, reanudaban la navegación.

Pronto se desvaneció el recuerdo preciso de sus observaciones y descubrimientos. Recórdabase, sin embargo, que llegados á cierto punto, vieron con asombro que el sol modificaba, al parecer, su carrera y no dejaba ya de salir por la derecha. Habían doblado la punta meridional de Africa (lo que es hoy el Cabo de Buena Esperanza) y empezaron á subir al Norte. Al tercer año franquearon las columnas de Hércules y volvieron al puerto. La íntima amistad entre Tiro y Egipto los protegió contra la envidia de los cartagineses durante este último crucero. La debilidad de los medios de que disponía entonces la marina hizo inútil su viaje, que no abrió ninguna vía nueva al comercio y fué un hecho curioso, pero sin resultados. Los sacerdotes egipcios se lo contaron á Herodoto y éste habla de él sin darle gran importancia.

Entre tanto Nechao vigilaba atentamente los sucesos que ocurrían en Asia. Desde sus luchas desastrosas con Asiria había conservado Fenicia una aversión profunda á los dueños que procedían del Este. Lo mismo les ocurría á los Estados sirios que poseían todavía una independencia aparente, como Amón, Morab, los nabateos, los filisteos y Judá. Nechao explotó hábilmente estos odios, y á los cuatro años de su derrota decidió á Joaquín á que se rebelara. La muerte de Josías había dado un golpe terrible á las esperanzas de los profetas. Los sucesos que siguieron á la deposición de Joacaz, el brusco trastorno del poder egipcio y el advenimiento de la dominación caldea, quitaron mucha fe en la eficacia de la reforma. El pueblo vió en todo esto una venganza de Jehovah contra los impíos que habían derribado sus templos queriendo encerrarle en un santuario único. El culto al dios de Israel recobró su antiguo aspecto y se practicó con más fervor que nunca el de las divinidades extranjeras. La decepción de los profetas y de sus partidarios fué más amarga porque habían creído alcanzar sus anhelos. Un día de fiesta se presentó Jeremías en el atrio del templo y apostrofó al pueblo, dirigiéndole reconvencciones y prediciendo fieros males. Empezaba entonces el reinado de Joaquín y se estaba en el período agudo de la reacción contra las tendencias de Josías. En cuanto Jeremías terminó, sacrificadores, profetas y pueblo se lanzaron contra él, queriendo matarle. Sometiósele á juicio, y algunos de los jueces declararon que no merecía castigo, por haber hablado en nom-

bre de Jehovah. Salvóse por aquella vez, pero no tuvieron otros tanta suerte. Uriah, que había profetizado de un modo análogo contra Jerusalén, se escapó á Egipto, pero el rey Joaquín envió en su busca á varios hombres, que lo capturaron, lo llevaron á Jerusalén y le cortaron la cabeza.

Acentuóse rápidamente esta disconformidad entre el pueblo y el representante de la gran tradición profética. Cuando Jeremías presentó su primera recopilación de profecías al rey, éste la hizo pedazos y la quemó, y más adelante tuvieron que reproducirla el profeta y su discípulo Baruch. Había muchos que no podían creer que Jehovah abandonara á Judá como abandonó á Israel. Cualquiera tentativa contra los intereses caldeos, cualquier alianza con sus enemigos parecía legítima, y los consejos de Egipto eran acogidos favorablemente por la masa. La presencia de Nabucodonosor entorpeció el movimiento. Joaquín se contuvo entonces, pero á los tres años, instigado por Nechao, se sublevó de veras. Nabucodonosor no creyó la ocasión bastante grave para dirigir personalmente las operaciones militares. Envio á un general con los contingentes amonitas y moabitas, siempre prontos á olvidar su antipatía á los caldeos cuando se trataba de saciar sus odios contra los judíos. Abandonado Joaquín á sus propias fuerzas, resistió con tanto vigor que Nabucodonosor tuvo que enviar tropas veteranas. Estaban éstas en camino cuando murió Joaquín y le substituyó su hijo, joven de diez y ocho años, que tomó el nombre de su padre ó el de Jekoniah. Reinó poco tiempo, pues Nabucodonosor llegó cuando subía al trono y su presencia precipitó el desenlace. A los tres meses, el hebreo se rindió á discreción. Fueron confiscados los tesoros del templo, desterrado el rey á Caldea, reducido á esclavitud el ejército, transportada la población obrera á Babilonia, y el resto fué entregado á Mattaniah, último hijo de Josías, que tenía veintinueve años, y como sus antecesores cambió de nombre al cambiar de condición y se llamó Zedekías.

Nechao no hizo nada por socorrer á los judíos. Murió á los dos años sin haber encontrado la ocasión que buscaba (595), y su hijo Psamético II no pudo emprender nada contra Asia. Hizo una excursión á Etiopía (591), pero falleció antes de llevar á cabo nada grande (589). Durante este intervalo, tranquila Siria en apariencia,

no había dejado de agitarse sordamente. Los partidos, que no veían salvación más que en una íntima alianza con Egipto, se habían repuesto del golpe brutal recibido con los fracasos de Nechao y Joaquín. En Jerusalén, la corriente que arrastraba á los espíritus hacia Faraón fué tan fuerte, que Zedekías, hechura de Nabucodonosor, no pudo resistir á su empuje. Los profetas de la escuela antigua, llenos de fe en Jehovah, seguían creyendo que no podía durar mucho la humillación de su patria. Cuantos más desastres caían sobre ella, más próxima les parecía la emancipación. Los que habían acompañado á Joaquín en su destierro speraban regresar pronto. Los que se habían quedado en Jerusalén repetían sin cesar al pueblo que pron-



El Faraón Nechao.

to terminaría su servidumbre. En vano intentaba Jeremías contrarrestar el efecto de sus declamaciones, y exhortaba á los desterrados á tener paciencia y á no creer en aquellos profetas. Uno de éstos, llamado Sheniah, se indignó y escribió al sumo sacerdote Zefaniah una carta, aconsejándole que castigara á Jeremías, y éste maldijo á Sheniah en su persona y en su raza, y siguió predicando contra los partidarios de la política agresiva.

El advenimiento de Apries al trono de Egipto sugirió nuevos argumentos á los partidarios de la insurrección. Sabíase que era emprendedor y ambicioso y que llevaba tiempo preparándose para una guerra. Tiro, Fenicia, Jerusalén y los países situados allende el Jordán corrieron á las armas de común acuerdo. Nabucodonosor, colocado entre tres adversarios, vaciló un momento y consultó los oráculos, pero su indecisión fué corta. Era Judá el nudo de la coa-

lición; su territorio unía á los confederados de la costa con los del desierto, las fuerzas egipcias con las sirias. Mientras una división devastaba á Fenicia y conservaba el bloqueo de Tiro, el grueso del ejército se lanzó sobre Judea. Zedekías no se atrevió con él en campo raso, y se encerró en Jerusalén. Ya estaba harto el caldeo: asoló el país sin misericordia, entregó á los habitantes del campo á merced de filisteos y edomitas, bloqueó las dos fortalezas de Zakhish y Azekah y no se presentó delante de la capital hasta haberlo llevado todo á sangre y fuego. Ya la tenía muy apurada cuando supo que Apries se presentaba cerca de Gaza. El caldeo levantó en seguida el sitio y marchó al encuentro del nuevo enemigo. Le pareció al partido popular que había triunfado su política, pero Jeremías no tenía fe en el buen éxito de la empresa. No se sabe fijamente lo que ocurrió entonces: dicen unos que el rey de Egipto se retiró sin combatir, y otros, que fué vencido en un combate.

En cualquiera de ambos casos, la rendición de Jerusalén era cuestión de días y la resistencia no podía servir más que para irritar al vencedor. Los judíos, no obstante, se defendieron con la obstinación heroica y también con el espíritu de discordia que por desgracia constituía el fondo de su carácter. Durante el corto descanso que la expedición de Apries les había otorgado, quiso Jeremías salir de Jerusalén para predicar en Benjamín. Preso á las puertas de la ciudad, fué azotado y encarcelado, y si no le trataron peor sus carceleros fué gracias á la intervención personal del rey. Desde la cárcel continuaba vaticinando desdichas. Los generales de Zedekías y los partidarios de la resistencia pidieron al rey la muerte de Jeremías, que fué arrojado á una cisterna medio llena de lodo, y no se salvó (gracias á la compasión de un eunuco de la casa real) más que para continuar sus predicaciones. Aconsejaba el profeta al rey que se sometiera voluntariamente al de Babilonia; pero Zedekías se había adelantado demasiado para retroceder sin ignominia. Juntóse pronto el hambre con los males de la guerra y de las enfermedades, sin abatir la constancia de los sitiados. Carecían de pan, pero no pensaban en rendirse. Por último, al cabo de año y medio de padecimiento, entraron las tropas babilonias por una brecha en Jerusalén. Zedekías trató de huir allende el Jordán, pero fué preso en la llanura

de Jericó y conducido á Riblah, donde Nabucodonosor le trató como la gente de su raza solía tratar al vencido. Mandó matar en presencia de Zedekías á sus hijos y á todos los magistrados de Judá, y luego dispuso que le sacaran los ojos y le llevaran aherrojado á Babilonia. La ciudad fué demolida y quemada bajo la dirección de Nabusaradán, alto funcionario de la corona. Soldados, sacerdotes, escribas y gente de clase elevada fueron transportados á Caldea y dispersados por diferentes ciudades. No quedó en el país más que la gente del campo, á quienes abandonó el vencedor los campos y viñas de los ricos. La obra de destrucción se terminó, y los caldeos se retiraron dejando el gobierno de la nueva provincia á Guedeliah, amigo de Jeremías.

Desde la muerte de Salomón habían gobernado á Judá los reyes siguientes:

I. Roboam.	XI. Akhaz.
II. Abijam.	XII. Esekiah.
III. Asa.	XIII. Manashshé.
IV. Josafat.	XIV. Amón.
V. Joram.	XV. Josiah.
VI. Akhaziah, Athaliah.	XVI. Joakaz.
VII. Joash.	XVII. Joiakim.
VIII. Amaziah.	XVIII. Joiakin.
IX. Azariah.	XIX. Zedekiah.
X. Jotam.	

Guedeliah vivió poco tiempo. Fué muerto en Mizpah con las tropas judías y caldeas que le auxiliaban, por Ismael, de la raza de David. Ismael fué atacado á su vez por Jokhanan, hijo de Kareah, y se refugió casi solo entre los amonitas. Los que habían vengado á Guedeliah y expulsado á Ismael, temieron á su vez la cólera del amo y huyeron á Egipto con Jeremías y una parte del pueblo. Apries les concedió tierras cerca de Daful, desde donde se fueron á Migdol, á Memfis y hasta á la Tebaida. No se colmó con esto la medida de los males de Judá. En 581, los restos de la población se aliaron con los moabitas y tentaron la fortuna de las armas. Otra derrota, seguida de otro destierro, consumó su ruina. Los primitivos desterrados no pudieron hacer otra cosa que llorar desde lejos el anonadamiento de su raza. Pronto fueron derrotados asimismo los pueblos de allende el Jordán: primero Moab, luego Amón,

más adelante Edam y Arabia. Las tribus de Kedar y sus vecinos vieron severamente reprimido su bandidaje. Luego transformó la tradición árabe estas algaradas en guerras formales, y afirmó que después de haber dispersado junto á Dhat-Uk á los djorom-jocnidas que le cerraban el camino de la Kaaba, llegó Nabucodonosor á las fronteras del Yemen occidental, pero la fatiga de su ejército le impidió avanzar más, regresando con muchedumbre de cautivos y dos tribus enteras que estableció en Caldea.

Tiro y Egipto eran los únicos que quedaban en pie. Tiro, resguardada por las murallas de su isla, dominaba el mar, y desafió la ira impotente de los caldeos. A los trece años de esfuerzos infructuosos se resignaron éstos á tratar con el rey Stobaal III, director de la defensa (574), y pudieron emprender campaña contra Egipto. Desde la derrota de Nechao, no pasaba año sin que los profetas judíos no vaticinasen una próxima lucha entre Egipto y Caldea. Jeremías la había predicho muchas veces sin que le desalentara el incumplimiento de sus predicciones. Ezequiel, profeta cautivo en Babilonia, las reprodujo al saber la rendición de Tiro, profetizando la derrota de Egipto. Según dice Josefo, la predicción del profeta se verificó, pues Nabucodonosor invadió á Egipto, venció y mató á Apries, dejó á un gobernador en su nueva conquista y regresó á Asia, llevando consigo á los judíos establecidos en el Delta. Pero los relatos egip-

nicia al servicio de los caldeos, tomó á Sidón y obligó á las otras ciudades á rendirse sin combatir. Toda la costa Siria cayó en manos del Faraón, sin que hiciera nada Nabucodonosor para disputársela ó recuperarla. Guarniciones africanas ocuparon á Gebel y construyeron un templo, cuyas ruinas se han desent-



Arqueros egipcios.

errado recientemente. Apries logró en pocas semanas el objeto perseguido en vano por sus antepasados durante medio siglo.

Los dioses no le dejaron disfrutar mucho tiempo del fruto de sus triunfos. Las tribus libias de la costa, instigadas sin cesar por los colonos griegos de la Cirenaica, se habían dirigido á él como á protector natural y le habían pedido auxilio contra las invasiones de sus vecinos. No habría sido prudente poner á los mercenarios frente á sus compatriotas. Apries mandó contra Cirene un ejército egipcio que fué vencido cerca del pueblo de Irasa, y padeció tanto en la derrota, que pocos fugitivos consiguieron ganar la frontera del Delta. Su vuelta ocasionó disturbios. Apries se había captado el odio de los sacerdotes por la protección otorgada á los extranjeros. Se creyó ó se fingió creer que había enviado á Libia á los soldados indígenas para exponerlos á una muerte cierta, deshaciéndose de gente de cuya fidelidad sospechaba, y estalló una sedición. Había en la corte un hombre de origen humilde, llamado Amasis, elevado por su perpetuo buen humor y su habilidad desde las últimas filas del ejército hasta el grado de general. Lo envió Apries al campamento de los rebeldes para reducirlos y Amasis arengaba á las tropas, cuando un soldado le puso un casco en la cabeza y le proclamó rey. Convertido de embajador en jefe de los rebeldes, marchó contra Sais y aniquiló, cerca de Momemfis, á los 30.000 mercenarios que defendían al rey legítimo (569). Apries, preso en la derrota, fué al principio tratado ho-



Apries.

cios demuestran lo contrario; pues Nabucodonosor sufrió un serio fracaso. La escuadra de Apries, tripulada por griegos, destruyó la armada fe-

noríficamente. Quedó asociado al trono y su nombre figuraba en los monumentos con el de su vencedor, pero reclamado al poco tiempo por el populacho de Sais, fué entregado á sus enemigos y asesinado. En Tebas, la reina Ouknas-Nofiribí, hija de Psamético II, que había sucedido á Nitokris en el ejercicio del poder sacerdotal, reconoció la autoridad de Amasis, pero en Asia tuvo éste que rechazar el ataque de los caldeos. Un documento descubierto recientemente cuenta que el año 37 de su reino, Nabucodonosor salió á campaña contra Amassú, rey de Egipto. No sabemos, por desgracia, el resultado de la lucha. La tradición caldea asegura que Egipto



Entrada en Babilonia de los persas.

fué conquistada; pero la tradición egipcia nada dice. Lo probable es que Amasis perdiera las conquistas fenicias de su antecesor, y quedase reducido á Egipto; pero nada indica que Egipto perdiera algo ni que los caldeos renovaran después de un siglo la hazaña de Asarhaddón y Asurbanabal.

Fué aquella la última guerra de Nabucodonosor, por lo menos la última que dejó huella en la Historia. Cuando se acabó, ya era viejo y no podía pensar en las armas. Su ambición se limitó á terminar las grandes obras de construcción que le hicieron famoso en la antigüedad. Durante el siglo anterior á la caída de Ninive, los asirios habían hecho mucho daño á Babilonia. Saqueada dos veces por Senaquerib y Asurbanabal, había sufrido otros saqueos parciales durante sus revueltas perpetuas. Napoysola-

sar había comenzado la obra de reparación y Nabucodonosor utilizó en sus trabajos á los numerosos cautivos sirios, judíos, egipcios y árabes procedentes de sus campañas, y convirtió á Babilonia en una de las ciudades más hermosas del mundo. En el centro se erguía la ziggurat ó torre de Belo, de siete pisos, coronada por una estatua del dios, de oro, de cuarenta pies de altura. El palacio real, edificado en cincuenta días, era célebre por sus jardines colgantes, por donde se paseaban las mujeres del harem. Al mismo tiempo se reponían canales y se restauraban los depósitos destinados á almacenar las crecidas anuales. Se reconstruyó el

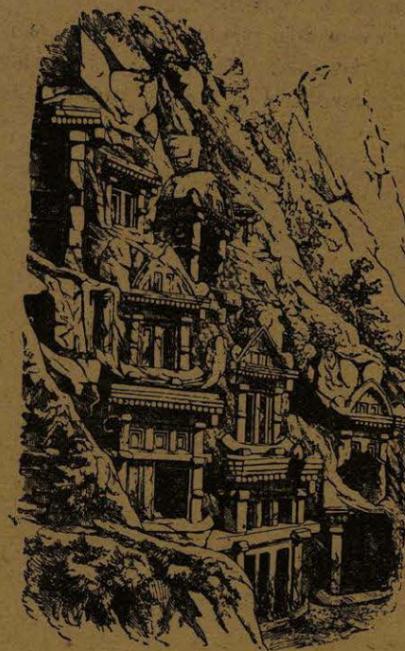
puente que unía las orillas del río, y se edificó el templo de Nabo en Barsip. Se fortificó la capital con un doble muro de cien puertas; se limpió el depósito de Sippar y el canal real y una parte del lago de Pallacapas. Infatigable Nabucodonosor en sus empresas, fué para Caldea lo que Ramsés II había sido para Egipto, el rey edificador por excelencia.

Su sucesor Amilmarduk (Evilmerodach) fué asesinado á los dos años de reinar (560), por su cuñado Nergalsharusur (Neriglissor) que falleció en 556, sin más heredero que un hijo llamado Laboshimarduk (Laborosoarkhods). A los nueve meses de su advenimiento fué muerto y substituído por Nabunaih (555). Con él acabó el linaje de Nabopolasar, y la imaginación popular, asombrada de tan rápida caída, después de tanta grandeza, lo atribuyó á la mano

de Dios. Contaba la tradición nacional que hacia el fin de sus días, inspirado Nabucodonosor por el espíritu profético, subió á la techumbre de su palacio y predijo á los caldeos la próxima ruina de su imperio. La leyenda judía, implacable para el príncipe que había arruinado á Jerusalén, destruyendo el templo, decía que embriagado por su gloria se había creído igual á Dios, y fué convertido en bestia por la cólera de Jehovah, viviendo siete años por los campos y pastando con el ganado, pasados los cuales recobró su primitiva forma y la realeza.

No entró en lucha Nabucodonosor con Media, en parte por la prudencia demostrada en sus relaciones con tan poderoso vecino, y en parte por el carácter pacífico del rey medo Eshtu-vega, llamado Astiajes por los griegos, que no había sido criado para la vida de campamento. Salvo un ataque dirigido contra los cadusienses, que acabó sometiéndose momentáneamente este pueblo, no emprendió ninguna expedición. Cruel y supersticioso, vegetó entre el fausto de una corte oriental, rodeado de guardias y eunucos, sin más pasatiempo que la caza en los parques de su palacio y en los confines del desierto. La rebelión de su vasallo Kurush (Ciro) le costó la corona. A los cien años de este acontecimiento, complicaba la tradición con fábulas novelescas el relato de su caída. Algunas de las que conocemos se resienten de la tendencia de los cuentistas populares á dar origen innoble á los fundadores de imperios. Dicen que Ciró no procedía de ninguna familia real; su madre era pastora de cabras y su padre pertenecía á la tribu salvaje de los mardos y vivía de la rapiña. Notable por su bravura y enviado contra los cadusienses al frente de un ejército, entró en intrigas secretas con el enemigo, y conspiró con el persa Ebaras. Luego, denunciado por una cantante y llamado á Ecbatana, se declaró abiertamente en rebelión, derrotó á Astiajes y le prendió. Astiajes había casado á su hija Amittis con un señor medo llamado Spitamas. Ciró mató á éste, se casó con su viuda y se proclamó rey. La mayor parte de las leyendas parece inspirada por la vanidad nacional y no tiene más objeto que enlazar al destructor del imperio medo con la familia de Ciaxares. Astiajes carecía de hijos varones; su cetro había de corresponder á su hija Mandana y á los hijos de ésta. Soñó una noche que de ésta manaba agua con tal abundancia que inundaba á toda Asia,

y los adivinos le aconsejaron que no la casara con un medo. La casó con Cambises, noble persa de estirpe regia, porque los persas eran entonces tributarios de los medos. Otro sueño perturbó la seguridad que le inspiraba este matrimonio. Vió salir del seno de su hija una viña cuyas ramas cubrían todo el Asia, y los adivinos, consultados de nuevo, predijeron que la destronaría su nieto. Nacido el hijo, le confió á Harpago, que después de muchas vacilaciones lo mandó abandonar en un bosque. Amantado el niño por una perra, habría sucumbido si la mujer del pastor encargado de cum-



Cementerio abierto en la peña en los alrededores de Mira.

plir la orden de Harpago no hubiera parido un niño muerto. Entonces la pastora convenció á su marido de que adoptara á Ciró, al cual crió como á hijo. El perro era un animal sagrado entre los iraníes y la intervención de la perra viene á ser, pues, una especie de intervención divina. Pero á los griegos, no enterados de las particularidades del mazdeísmo, les chocó esto y buscaron una explicación racionalista á la tradición persa. Para esto supusieron que la mujer del pastor se llamaba Spako, que en idioma medo significa persa. Creció Ciró, fué reconocido como hijo de Mandana y volvió á la corte de su abuelo. No tardó en conocer que el genio pacífico de Astiajes había debilitado la constitución militar

de los arios de Media, y los dejaba impotentes bajo su apariencia de fuerza y de grandeza. Concibió el osado designio de que en vez de los medos imperara el pueblo del cual había él salido. Resguardados por la distancia contra la corrupción de las costumbres babilónicas, habían conservado los persas más sencillez y energías que los medos. Ciro, que lo sabía, se escapó de la corte, dispersó á la tropa encargada de perseguirle y volvió á Persia. Derrotado en la primera batalla, que costó la vida á su padre, venció en la segunda é hizo prisionero á Astiajes. Cautivo el rey, ya no resistió Media y se rindió entera al vencedor.

Todo esto son cuentos: la historia real es menos novelesca. Según las inscripciones, Ciro pertenecía á la familia Aqueménida y

era rey de Aushan como sus tres antecesores inmediatos, Tesipes, Ciro I y Cambises I. La tradición clásica asegura que los reyes persas eran vasallos de los medos, y nada demuestra que tal creencia sea errónea. Ciro II subió al trono en 558, tomó las armas contra su soberano en 553 ó 552, derrotó á Astiajes y entonces se sublevó el ejército medo, entregó al rey á su enemigo, cayó Ecbatana, y sus despojos enriquecieron el tesoro del vencedor. Derrumbóse el imperio de Cixares (549), pero aquello fué un cambio de dinastía más bien que una conquista extranjera. Astiajes y sus predecesores habían gobernado á medos y persas; Ciro y sus sucesores mandaron sobre persas y medos.

LIBRO V EL IMPERIO PERSA

CAPITULO XIII

La conquista persa.

El mundo oriental al advenimiento de Ciro; Creso y Nabónides; conquista de Lidia; los persas en el extremo Oriente; caída del imperio caldeo.—Cambises, Amasis y Psamético III; conquista de Egipto; tentativas contra Libia y Etiopía.—Gaumata y Dario I: reorganización y división del imperio persa; expediciones al Norte y al Este, á Escitia y á Grecia.

El mundo oriental al advenimiento de Ciro; Creso y Nabónides; conquista de Lidia (546); los persas en el Extremo Oriente (545-539); caída del imperio caldeo (538).

Desde el tratado de 585, no se había turbado la paz entre Media y Lidia, grandes Estados que se repartían el Asia Menor. Cada cual, seguro de la neutralidad del otro, había concentrado sus esfuerzos contra las regiones donde no pensaba encontrar rivales serios: Media contra los países del Extremo Oriente y contra Babilonia; Lidia contra las colonias griegas y contra las naciones indígenas de la península. Aliates no había pensado más que en consolidar su situación, ya con casamientos ventajosos, ya por la fuerza de las armas. El matrimonio de una hija suya con Melas de Efeso le aseguró en aquella ciudad el apoyo de un bando considerable. Su hijo Creso, nacido de una caria, recibió como dominio la Misia Propóntida y su hijo Adramitios la Misia Meridional, donde construyó la fortaleza de Adramitium. Empleó los últimos años de su reinado en construir una tumba gigantesca y todos los recursos del reino apenas fueron suficientes para este trabajo, teniendo que suspender las guerras para terminarlo. Costóle trabajo á Creso hacer valer sus derechos á la corona, pues su hermano Pantaleón, hijo de una jonia, le disputó mucho tiempo el poder con el apoyo de los descontentos. Al deshacerse del incómodo rival, empleó Creso una política pacífica y enriqueció los santuarios griegos, europeos y asiáticos. Por esto se le otorgó el derecho de ciudadanía griega, y á los lidios el de

ocupar primera fila en los juegos olímpicos: pero los jonios no se creyeron obligados por ello á sacrificar su libertad. Creso renunció entonces á la dulzura y declaró la guerra á las ciudades que le cerraban la salida de los valles del Caistro y el Hennos. Efeso fué la primera en sucumbir, á pesar de las relaciones personales del rey con el banquero Panfaes. La Acrópolis fué destruída y la población se reunió en la llanura en torno

al templo de Artemis. Esmirna experimentó la misma suerte y luego las ciudades de menor importancia. A Creso se le ocurrió armar una escuadra y apoderarse de las Cícladas; pero la inexperience de los lidios en navegación le impidió realizar su proyecto. Entonces se subyugó en pocos años á los maryandinos, los tracios del Asia, los bitinios, los pafagonios y las tribus frigias, que se habían librado de sus antecesores, la Licaonia y la Panfilia. Excepto Licia y Cilicia, todos los países comprendidos entre el Ponto Euxino, el Halys y el Mediterráneo le pagaron tributo. La adquisición de tantas provincias fértiles é industriales hizo de él un soberano opulentísimo, y la generosidad con que prodigó sus tesoros excitó la admiración de sus contemporáneos. Los griegos dieron á Creso un renombre de riqueza que todavía dura entre nosotros.

Al saber la caída del imperio medo, calculó



Estatua de Artemis, la diana de Efeso.